

III.DE LA DISPOSICIÓN DEL CUERPO

Con todas estas ventajas de la buena natividad y del buen ánimo, que son requisitos de toda persona que se quiere arrojar dentro de la Corte, hallo aún muy necesario un buen cuerpo, de buen talle, antes mediano que muy grande, antes espigado que grueso, de miembros bien formados, fuertes, lentos, descarnados y fáciles a acomodarse a todas las maneras de ejercicios de guerra y de placer. Teniendo todos estos dones de la Naturaleza conviene emplearlos y de aprender bien, no solamente lo que se enseña en las academias, pero aún todas las galanterías de destreza que están en uso y convenientes a un hidalgo¹.

III-a-De los ejercicios

De no estar bien a caballo y de no saber bien jugar las armas esto le es no solamente un notable perjuicio, pero aún una ignorancia vergonzosa, pues que es ignorar los principios esenciales de su oficio. Los otros ejercicios, aunque menos necesarios, no dejan de caer en uso en mil ocasiones y de ganar la estima además de la inclinación de aquellos de quien deseamos ser amados². No pido pues solamente que entienda toda suerte de manejos, que sepa voltear, romper el palenque, correr la sortija, y todos los combates de barrera, de justa y de torneos. Son estas acciones muy vistosas y que tienen demasiado de buen parecer en el mundo para ser ignoradas del que se quiere hacer mirar con aprobación y merecer gloria y alabanzas. Yo quiero aún, si se puede, que sepa tocar el laúd y la guitarra, pues que nuestros amos y amas se placen; que entienda la caja y que sea diestro en la danza, a la pelota, a la lucha, a saltar, a nadar, a tirar justa y a todos los demás pasatiempos que no son tan simplemente honestos que no se hagan bien a menudo útiles. La mayor parte de estas cosas, siendo divisas, son verdaderamente pequeñas, pero todas juntas hacen un hombre cumplido y hacen que no lo vean sino con

¹ Castiglione, 1994, II: 20 y ss.

² Castiglione, 1994, III: 7-8.

alguna especie de admiración cuando principalmente son esclarecidas de las calidades del alma que les dan los postreros tratos de perfección.

III-b-Juegos de azar

Yo desearía así mesmo que no ignorase ningún juego de azar que corren entre los grandes a causa que por tal medio algunas veces se puede mezclar familiarmente en su compañía mediante con todo eso que no sea jugador.

III-c-Contra los jugadores

Conviene conceder que de todos los vicios que se perdonan a la gente honrada no veo de más perniciosos que este ardor indomable de jugar. Los que no son sino ricos, no son cuerdos si se dejan llevar desta pasión. No hay sino los grandes príncipes, de quien la condición no puede ser nunca miserable, que se puedan atrevidamente desamparar aunque de ordinario con pérdida bien que sean los amos de la fortuna.

III-d-Los escasos, los holgazanes y los desesperados

Entre los demás no se ve a menudo sino los escasos, los holgazanes y los desesperados que se atreven picarse desta locura. Los que arden de deseo por dinero y que no se les da nada de emplear todas suertes de medios para haberlo, no se figuran de más fácil que ésta. Estas almas viciosas y blandas que no saben en que ocuparse; no se imaginan de ordinario ninguna cosa más divertida sino a entretenerse en este flaco ejercicio. Y los que la Fortuna ha reducido a tal extremidad, que viven hoy como si tuviesen de morir mañana, creen tener razón de buscar en el azar lo que no osan esperar de su industria. Por no extenderme más adelante, que no me lo he permitido en mi traza, basta decir que este frenesí no hastía solamente una pérdida y ruina casi infalible de

los bienes de la fortuna, va hasta la arruina del espíritu. ¿La inquietud y la mohína eterna que acompañan los que se dejan caer en este despeñadero, no son hartos fuertes razones para retirar cualquier persona a quien le queda alguna luz de buen sentido? ¿Y todos los tiempos, y todos los cuidados de un hombre que quiere ser empleado a este desdichado tráfico no deben ser puestos en el número de las mayores pérdidas que sabrían nunca hacer los que son nacidos para ganar los corazones de los reyes y de los príncipes?

III-e-De la gracia natural

Todas las buenas partes que hemos alegado son muy considerables en un hidalgo, pero la cumbre de todas estas cosas consiste en cierta gracia natural que en todos sus ejercicios y hasta en sus menores acciones debe resplandecer como un rayo pequeño de divinidad, que se ve en todos lo que son nacidos para agradar dentro del mundo³. Este punto es tan alto que es por encima de los preceptos del Arte y no se habría buenamente enseñar. Todo el consejo que se puede dar en eso es que los que tienen buen juicio por regla de su gobierno, si no se sienten dotados deste alto don de la naturaleza procuran a lo menos reparar esta falta por la imitación de los más perfectos ejemplos y de los que tendrán la aprobación general. La buena educación sirve aún de mucho porque, como se ha visto algunas veces leoncillos quitar su instinto feroz y hacerse domésticos entre los hombres, lo mesmo acontece a menudo que personas de un nacimiento ingrato han sabido también vencer sus faltas con cuidados extraordinarios que hacen todas las cosas por fuerza de razón tan agradablemente como los demás por la sola bondad de su natural. Más cierto los tales son dichosos que no han menester enseñamientos para agradar y que han sido como regados del Cielo de tal gracia que se lleva los ojos y los corazones de todo el mundo.

³ Castiglione, 1994, I: 19-22.

III-f-De la afectación y negligencia

Entre tanto, para lanzar un poco más clara una cosa tan importante, me parece que se puede decir que como esta gracia de que hablamos se extiende universalmente sobre todas las naciones y se mezcla hasta en las menores pláticas, hay así mesmo una regla general que sirve si no es para adquirirla, a lo menos, a no apartarse nunca. Es de huir como de un despeñadero mortal esta mal aventurada e importuna afectación que marchita y enzuriza⁴ las cosas más hermosas. Y usar por todo de una cierta negligencia que esconde el artificio y da testimonio que no se hace nada fino, sino como sin pensar y sin ninguna suerte de trabajo. Es aquí (a mi parecer) el más puro manantial de la buena gracia. Porque sabiendo cada uno la dificultad que se halla para hacer bien las cosas excelentes, admiran aquellos a quienes les suceden fácilmente; como al contrario las mayores y las más raras pierden su precio cuando se ve parecer la fuerza. En efecto la más fea malicia de que la envidia se sirve para arruinar la estima de los que la han bien establecido, es de decir que todas sus acciones son hechas con designio y que todos sus racionamientos son estudiados. Y por eso, los oradores no tienen artificio más sutil sino para cubrir el de sus discursos, el cual no es tan presto conocido que pierden su crédito y no tiene más elocuencia que sea harto fuerte para persuadir las mesma almas, las más simples y de más ligera creencia.

III-g-De la negligencia afectada

Conviene considerar sobre este sujeto que la negligencia afectada y este menosprecio tan evidente de que usan hasta a los menores gestos y al menor cerrar de ojo, son vicios aún mayores que el desmasiado cuidado de que toda la falta es de hacer demasiado bien y pasar de ella de los límites ordinarios⁵. Y en verdad, como han zaherido otras veces a ciertos pintores que sus obras

⁴ *enzurizar*: "encizañar, engrescar, enzarzar. Hacer que riñan o se enemisten una persona con otra" (Moliner, 1977).

⁵ Castiglione, 1994, I: 26-40.

estaban demasiado acabadas y que querían parecer más sabios que la Naturaleza, se podría decir la misma cosa a muchos que a fuerza de querer extremarse se arrojan de la otra parte de la perfección y no toman sino la sombra del bien que prosiguen con demasiado ardor.

***III-h-Contra la astucia de la hermosura y las mujeres afeitadas*⁶**

Las mismas mujeres no pierden ellas cada día por allá lo que buscan con tanta pasión. ¿No se ven muchas que no deseen ser hermosas o a lo menos parecerlo? Y por eso cuando la naturaleza les ha faltado en este punto, hacen venir el artificio en su socorro. Y de ahí les nacen tantos cuidados redículos de dar lustre a la tez para parecer mozas, de componer sus rostros para adular sus ojos, para aderezarse los cabellos, para igualar la frente, para arrancarse las cejas para hacerse más agradables y finalmente de rehacer si pudiesen hasta las facciones y perfiles que les son estampados de la mano de Dios como caracteres que no sabrían borrar. Así se ve que esta desmasiado vistosa afectación y esta voluntad desreglada que tienen de parecer hermosas hacen que aún nuestros ojos padecen mirándolas, y muestran a la clara que esta gracia que ellas estudian es una lección que no se puede aprender sino de las que parecen quererlo ignorar. Así nadie puede negar que una dama que después de haberse aderezado lo supo hacer tan discretamente que los que la consideran dudan si ella solamente ha soñado a ajustarse, no sea más linda y agradable que otra que no contenta de sentirse cargada debajo de la pompa de sus vestidos osa aún en mostrarse así enjalbegada que parece no tener sino una máscara en lugar de rostro y que no se atreve a reír con temor de hacer parecer dos. Estas son las faltas de la afectación por las cuales se puede muy

⁶ *afeitar*: “arreglar con afeites o cosméticos. Rapar, rasurar” (Moliner, 1977). “Aderezar, adobar, componer con afeites alguna cosa, para que parezca bien: lo que particular y frecuentemente se dice del rostro, y hacen cada día las mugeres para su adorno y hermosura en cara, manos y pechos, para parecer blancas.” (D.A., 2002, tom. I, letra A, pag. 103)

bien y con facilidad conocer cuanto es contraria esta agradable simplicidad que debe resplandecer en todas las acciones del cuerpo y del espíritu⁷.

⁷Al hablar sobre la virtud, Faret parece inspirarse en la *Moral* de Aristóteles según la traducción de 1553 de Le Plessis (*Les Ethiques d' Aristote*, versos 9, 29, 30). Así mismo, está cercano a las *Obras morales y filosóficas* de Plutarco, a *De officiis* de Cicerón y a *Le Réveille matin des courtisans* de Guevara. (Magendie, 1970: 22, n.3)
